

lado del Partido" en el caso de no estar tan totalmente de acuerdo como para militar en él, viene a decir Sartre a sus interlocutores. El programa de reeducación, en la actual situación francesa, parece consistir, al fin, en una relación intelectual-masas, a la que el intelectual clásico, en trance de dejar de serlo, aportaría sus anteriormente adquiridas técnicas de generalización, adquiriendo él, en esta simbólica, ¿o dialéctica?, relación, el «lenguaje de las masas». Pero está claro que uno podría decirse entonces: si el lenguaje de las masas es un modelo de deseable asimilación, lo será precisamente porque sea un instrumento de real generalización de verdadera universalización. ¿O qué, si no? ¿Las masas pondrían la anécdota, todo lo viva y real que se quiera (la vivencia salvaje o silvestremente expresada), y el intelectual pondría la categoría: la generalización? ¿No nos encontraríamos entonces de nuevo ante un tipo de relación «clásica» ligeramente evolucionada? Y a fin de cuentas, ¿no ocurre así que se está tratando una vez más de resolver «in mente» —y no «in res», como sería de desear— un problema cuya solución no reside en que hoy el intelectual deje de serlo, sino en que se trabaje, desde la situación real donde se da esta división del trabajo por mucho que ello se considere indeseable, por una nueva situación en que no sea ya posible la figura clásica del intelectual de hoy? El que para ello sea necesario —como Sartre dice después— la constitución de «células mixtas», ¡y claro que lo es!, no autoriza, creemos, al énfasis de hablar —como aquí «L'Idiot»— de «hombreros nuevos» surgidos de las ruinas de los intelectuales antiguos por el hecho de pasarse trabajando «dos o tres años» en una fábrica y aprender allí el lenguaje de las masas. Por lo demás, resulta, en efecto, que para Sartre el aprendizaje del lenguaje de las masas no transforma completamente «la forma del saber universal». «Es un problema que toca a la cultura —dijo Sartre— y la cultura es un problema muy difícil». Reproduzcamos un fragmento del diálogo:

L'IDIOT.—Un problema que se rechaza siempre... (Se refiere a este problema «difícil» que ha señalado Sartre.)

SARTRE.—Sí, porque todavía no poseemos los medios de tratarlo.

L'IDIOT (Refiriéndose a lo que les ocurre, de hecho, en su periódico).—...Nosotros llegamos, a pesar de todo, a una forma que da todavía la razón al intelectual tradicional tal como usted lo ha presentado.

SARTRE.—Sí; estamos en el estado del aprendizaje del lenguaje

de las masas, y no puede decirse mucho más.

—Los hechos, en fin, muestran lo que de ilusión o, por lo menos, precipitación, pudiera haber en ciertos anuncios triunfalistas de «un hombre que surgió de Mayo»...

EL HOMBRE QUE SURGIO DE MAYO

Se comprueba, en efecto, la presencia de la realidad y con ella la rebaja de cualquier ilusión. El debate acaba de asentar el pie en los hechos cuando Sartre va respondiendo a la incitación que hay, desde el principio, en el debate: la pregunta sobre el presunto hecho de «una ruptura (en Mayo) del intelectual de izquierda y una entre la concepción tradicional nueva concepción (del intelectual revolucionario)».

La respuesta se manifiesta, como ya se ha señalado, en términos de esperanza en los jóvenes. Hay poco que esperar —según Sartre— de los grupos más o menos «llegados» (o «consagrados»), incluso de los jóvenes, antes de Mayo. Su «reeducación» es «improbable», dado el «individualismo» de los intelectuales...

Está, sobre todo, el problema de lo que Sartre, citando a Deutscher, llama el «interés ideológico» que el intelectual, de hecho, no comparte con —en el ejemplo de Sartre— el hombre que pica billetes en el «metro», el cual carece de tal tipo de interés. Los libros escritos por el escritor, esté él más o menos de acuerdo con ellos en el transcurso del tiempo, constituyen su «interés ideológico». ¿La esperanza estaría, pues, en los jóvenes que aún no hayan publicado libros? al parece la opinión de Sartre, el cual, al fin, hace él mismo una exhibición de mala conciencia —o sea, en esta terminología, de su condición de intelectual «clásico»— a propósito de su derecho a continuar, después de Mayo, escribiendo su libro sobre Mallarmé, en el que trabaja desde hace veinticinco años. «He decidido acabarlo —nos dice— y ese hecho me sitúa en el plano del viejo intelectual». «Uno va lo más lejos que puede en un sentido, mientras en otro acaba lo que tiene que hacer...». Desgarramiento y militancia... Literatura y Política... Y ahí lo tenemos, responsable de La Cause du Peuple, vendedor del periódico en la calle, activista del nuevo Secours Rouge, a sus sesenta y cinco años, y luchador en este, ese, aquel frente. ¡Enorme Sartre! Sí, sí, enorme Sartre! ■ A. S.

(1) Véase «L'Idiot International», septiembre, 1970. «Jean-Paul Sartre: L'Ami du Peuple».

(2) y (3) «Actividad social» y «tipo social» no son términos del texto de Sartre.



EL OCASO DEL P. C.

WASHINGTON.—El Partido Comunista está conociendo días aciagos en los Estados Unidos. Nadie le presta ya atención y posiblemente atravesase ahora su peor momento.

Un comunista amigo mío, literalmente con lágrimas en los ojos, me decía hace pocos días que su partido se desintegra.

—Ya no somos amenaza para nadie —se lamentaba—. Nadie nos hace caso. Ha pasado de moda el echarnos la culpa de todo. ¡Es una desgracia!

—Y eso, ¿cómo se explica? —indagué.

—En los Estados Unidos ya nadie saca la más mínima ventaja atacando a los comunistas. Echarle las culpas a los estudiantes es lo que está de moda. Los cazadores de rojos andan ahora dedicados a atacar a los estudiantes, profesores y administradores. A nadie le importa lo que nosotros hacemos. Hace meses que no logramos salir en los periódicos...

—Es espantoso —comenté—. Recuerdo un año político en que todo el mundo andaba acusando a todo el mundo de ser comunista o compañero de viaje. ¿Qué equivocación ha podido cometer tu gente?

—Ninguna. Los cazadores de rojos se percataron un día que la gente teme más a sus propios hijos que al Partido Comunista. Fíjate que el vicepresidente Agnew, desde que inició su jira de discursos en banquetes de cien dólares cubierto, no ha hecho ni una sola mención a la amenaza comunista. Para él, hoy el mayor enemigo de los Estados Unidos no es Karl Marx sino el doctor Spock.

—¿Y qué repercusión ha tenido todo esto entre los afiliados? —le pregunté.

—Pues mira, lamento tener que decirte que ha sido tremenda. La mitad de nuestros afiliados estaba integrada por agentes encubiertos del FBI. Dependíamos de ellos en todo lo que se refiere a nuestras necesidades económicas, ya que eran ellos los únicos que pagaban religiosamente las cuotas. Ahora se nos van en bandadas, nos abandonan para ir a matricularse en colegios y universidades. Nuestras células se van reduciendo a la nada.

—Sin embargo —dije yo—, cualquiera pensaría que, después de tantos años, esos agentes encubiertos del FBI le habrían tomado cierto apego al Partido.

—Ya ves, el otro día un agente, afiliado nuestro, hombre bueno de verdad con el que todos simpatizábamos, vino para decirnos que había recibido órdenes de darse de baja y que ahora le destinaban a la clase novata de la universidad de Nueva York. Yo le rogué que no nos dejara, pero contestó que eso no era cosa suya. Los comunistas ya no significamos nada a los ojos de J. Edgar Hoover: ya ni siquiera "Selecciones del Reader's Digest" le compra artículos referentes a nosotros.

—¿Y si ustedes lograran que el Congreso abriera una investigación como hizo en los viejos buenos tiempos pasados? —insinué.

—Es inútil —repuso amargamente—. Los subcomités de seguridad interna tan sólo se interesan ahora por los estudiantes. Es imposible explicar a Moscú que ya nadie se ocupa de nosotros.

—¿Y por qué no interesan ustedes a los estudiantes en el Partido? Seguro que lograrían atraer la atención si se hiciera creer que la rebeldía estudiantil es fruto de una conspiración comunista.

—Eso ya lo hemos intentado, pero los estudiantes no quieren saber nada de nosotros. Piensan que estamos tan pasados de moda como los Partidos Republicano y Demócrata.

—¡Una verdadera pena! —exclamé.

—Llegamos a creer que con el Presidente Nixon tendríamos un resurgimiento, ya que en sus buenos tiempos fue uno de los más acérrimos cazadores de comunistas que ha conocido el país. Pero nada, ni nos ha vuelto a mencionar desde que asumió el poder. Te digo que no nos hubiera dolido que nos llamara imbéciles... después de todo lo que hicimos por su carrera política.